

AQUELLOS DÍAS DE MAYO*

Santos Juliá

Era lunes, 13 de mayo de 1968, a primera hora de la tarde. Tres amigos esperaban, sentados en un café de la plaza de la Sorbona, la llegada de la gran manifestación que en esos momentos bajaba, bien encuadrada por los servicios de orden, desde République para desembocar en Denfert-Rochereau. De pronto, las gentes que formaban grupos o circulaban por la plaza comenzaron a mirar al cielo y, levantando el brazo y señalando con el dedo la cúpula de la Sorbonne, daban voces de ánimo, aplaudían, reían. Uno de los tres amigos, José Bergamín, se levantó de la mesa y salió a la plaza, a ver qué pasaba; los otros dos le siguieron y allí, arriba, escalando la cúpula la Sorbona, vieron a un joven agitar una bandera roja antes de dejarla colgada en medio de la formidable ovación de todos los que presenciaban el espectáculo. “C’est la révolution, c’est la révolution”, repetía emocionado Bergamín, dirigiéndose a la gente, abrazando a sus amigos. Es la revolución, les decía, intentado convencerles, a ellos, más escépticos, incapaces de medir en toda su hondura lo que estaba pasando. Él sabía bien qué cosa era, la revolución; había tomado parte en una, que empezó mal y acabó peor, y ahora, con la alegría desbordándole por todo el cuerpo, presenciaba otra cuyo final en ese momento nadie se atrevía a aventurar.

¿Era la revolución? Pocos lo dudaban, al caer aquella tarde de primavera sobre el Barrio Latino de París. Dos días antes, el sábado 11, el primer ministro, Georges Pompidou, de vuelta de un viaje por Afganistán, había dado a las CRS -las temibles Compagnies Républicaines de Sécurité que Bergamín y sus amigos habían visto en impenetrable formación unas horas antes por las cercanías del Jardín de Luxemburgo- la orden de retirada, de abandonar la Universidad y entregarla sin resistencia a los estudiantes. No fue una orden inocua. Durante toda una semana, desde el sábado 4, se habían producido duros enfrentamientos entre los estudiantes y las CRS en las calles adyacentes a la Universidad. Se trataba de marcar el terreno, de dominar el espacio, de conquistar o defender la calle. A las primeras escaramuzas, tomadas más bien a broma, siguieron coches volcados, detenciones masivas, decenas de heridos, policías desarbolados, no por armas de fuego, sino por piedras y adoquines arrancados del famoso *pavé* de París, el que ocultaba una playa. De los primeros enfrentamientos, sin que nadie supiera con qué fin ni atisbara, ni le importara, qué vendría después, se pasó a las barricadas.

Algo propio de las revoluciones del siglo XIX parecía revivir. Algo que recordaba a aquel criado de Tocqueville en la chica que pedía permiso a la mamá para quedarse hasta muy tarde en la calle. Los estudiantes no se dejaron arrebatar el espacio. La policía, finalmente, se retiró, dejándoselo

* Publicado en *La Aventura de la Historia*, 115, mayo de 2008.

todo entero. El abandono de la Sorbona por las fuerzas del orden, en la medida en que simbolizaba la derrota de la política de represión decidida en los primeros días de mayo, era el primer triunfo contra el Estado, el primer paso de la revolución.

Aunque pocos lo dudaban ahora, nadie lo hubiera podido imaginar unas semanas antes. Francia era, o así se reconocía, el Estado más sólidamente organizado de Europa. Las jerarquías administrativas, bien establecidas, competentes, formadas por una elite respetada; el gobierno, en manos de una clase política que desde la instauración de la V República había dado todas las muestras posibles de estabilidad, el bien más codiciado después de los cambios constantes de la IV. Y coronando el edificio, Charles de Gaulle, grande, colosal figura, dominador de todos los espacios de la política, especie de monarca absoluto y, a la vez, encarnación de la République, que cumplía ya diez años en la presidencia después de conducir con mano maestra la peligrosa travesía de la independencia de Argelia que a punto estuvo de costar a Francia un golpe de Estado militar. En la cumbre de su *grandeur*, que tanto le gustaba representar, se había atrevido a terminar meses antes una arenga, en una visita oficial a Canadá y ante las mismas narices de Estados Unidos, proclamando bien alto: “¡Vive le Quebec libre!”.

Esta solidez institucional, que impresionaba al emigrante español desde el momento mismo que cambiaba en la frontera Renfe por SNCF, se acompañaba desde el fin de la guerra de Argelia por un crecimiento espectacular del nivel de vida. Los franceses estaban sacando el mejor partido posible a la ola de prosperidad conocida más tarde como los *treinta gloriosos*, no todos en verdad tan gloriosos, aunque así lo parecieran cuando acabó la racha a mediados de la década siguiente. De momento, eran todavía los sesenta, la década dorada de la expansión capitalista mundial, de la explosión demográfica, que también había llegado a las universidades, con la multiplicación por tres o por cuatro de su alumnado y la entrada masiva de nuevas categorías de alumnos, procedentes de sectores medios y bajos de las clases medias, que aun buscaban su sitio y su identidad en una institución que hasta entonces les había permanecido ajena, inaccesible. Las primeras y muy numerosas cohortes de nacidos después de la Guerra terminaban ahora sus estudios superiores.

Allí, en la universidad, esos alumnos habían encontrado también jerarquías sólidamente establecidas, profesores que impartían sus lecciones magistrales a unas audiencias aseadamente sentadas en amplios anfiteatros. Es curioso contemplar en color sepia a los estudiantes de entonces, trajeados, de chaqueta, muchos de ellos con la corbata bien anudada al cuello, atentos a las explicaciones de unos profesores inmediatamente acusados por Jean Paul Sartre de no hacer otra cosa en la vida que repetir cada año sus tesis doctorales. Una acusación a todas luces injusta, especialmente por ir dirigida de modo singular contra Raymond Aron, pero que expresaba cierto anquilosamiento en la cumbre del saber. Francia culminaba su década dorada con la consagración del estructuralismo en todas las ciencias sociales y en las humanidades, en antropología, sociología, filosofía. El sujeto había desaparecido por el sumidero de la historia: no había más que estructura. Hasta el marxismo, que conservaba para las nuevas generaciones jóvenes todo su atractivo, se convirtió en un

anti-humanismo, con Althusser como gran pontífice de la teoría de una práctica imposible, una teoría que se mordía la cola en forma de práctica teórica.

El sujeto, y con el sujeto, el acontecimiento, engullidos en la estructura: ni para el uno ni para el otro había lugar en esa catedral del saber que era el Barrio Latino de París. Y en esas estábamos cuando grupos de estudiantes, poco antes de lanzarse a buscar un sitio en el mercado de trabajo, comenzaron a inventarse como sujetos y a manifestar en acontecimientos los síntomas de un difuso pero creciente malestar. No sólo, ni en primer lugar, en Francia. En Estados Unidos, que no había abandonado los campos de batalla desde el fin de la Guerra Mundial, el malestar afloró antes, en el movimiento de protesta contra los bombardeos de Vietnam. Vinieron también a la protesta los estudiantes de Japón, Alemania, Italia, México, España. No eran aún tiempos de globalización, pero la protesta universitaria alcanzó una dimensión global, con pautas de movilización que se repetían de un lugar a otro: nuevos sujetos que no se dejan reducir a estructuras, que protestan; protestas que se extienden fuera del aula, que ocupan espacios públicos, que esperan y aguantan el embite de la policía, lanzada contra ellos con todos sus artilugios, sin exceptuar las armas de fuego, como había ocurrido en Estados Unidos, como ocurrirá en México. Y luego, movilización contra las detenciones, ocupación de la Universidad, huelga indefinida.

París no fue excepción, aunque fue allí donde el acontecimiento alcanzó una dimensión excepcional. Un joven estudiante, Daniel Cohn-Bendit, -un judío alemán como fue rápidamente calificado por Georges Marchais, en camino hacia la cúspide de aquella estructura de todas las estructuras que era el Partido Comunista Francés-, planta cara al ministro que llega revestido de toda la autoridad del Estado. Particularmente bien dotado para la polémica, Cohn-Bendit y un pequeño grupo de *enragés* crea, frente a la poderosa estructura, un acontecimiento que parece salido de la nada. Un grupo que se funde -grupo en fusión, había teorizado Sartre- en la acción, que no tiene más horizonte que la acción misma: nada de amaneceres que cantan, ni de tierras prometidas. No saben qué es eso. Protesta contra una detención, ocupación de un aula o de las dependencias administrativas de la Facultad y, en la misma estela, un movimiento que crece, primero 30, luego 300, después 3000. Y de ahí, la fusión se extiende. Sin que ellos mismos lo hubieran planeado, la situación, así creada, crea a su vez una nueva realidad, que tiende por su propia dinámica a expandirse: situacionismo frente a estructuralismo. Había que probar hasta donde la estructura era capaz de resistir frente a la situación si en la situación participan 30.000 estudiantes.

No los había en Nanterre, hogar de la revolución, donde todo pudo haberse consumido si no hubiera sido porque al joven que puso en marcha con sus desplantes y su amplia sonrisa el Movimiento de 22 de marzo se le ocurrió que había que ir al encuentro de los colegas de la Sorbona para liberar a los detenidos. No importa tanto el motivo -protestar por unas detenciones- como la nueva situación creada con este desplazamiento: al afluir masivamente hacia el centro de la ciudad, al llevar la protesta a las calles, los estudiantes provocan la intervención del Estado que multiplica así

la dimensión de la protesta y la extiende, por abajo, a los alumnos de los liceos, y por arriba a los jóvenes profesores. El lunes 6, todos los centros universitarios cerrados. La prueba de fuerza ha comenzado: 29 compañías de CRS, 73 escuadrones de guardias móviles. Al caer la noche hay 422 detenciones y se cuentan por centenares los estudiantes y los guardias heridos.

Nadie se lo puede creer. ¿Cómo ha ocurrido? Los analistas podrán luego atribuir toda clase de razones para convertir un acontecimiento que nadie pudo prever en un hecho previsible: masificación de la universidad, dificultad de la relación profesor estudiante, malestar ante la civilización técnica y la sociedad capitalista, represión en las relaciones sexuales, primeras revueltas contra la sociedad de consumo, temor ante el incierto futuro profesional, organizaciones burocratizadas y jerarquizadas, el porvenir como perros guardianes de la ideología burguesa. Mayo del 68 ha sido un festín para los sociólogos. También para los que todo lo reducen al influjo de unas ideas o la agitación de unos líderes, de las Juventudes Comunistas Revolucionarias, de las diferentes uniones de estudiantes y profesores, de grupos anarquistas o maoístas: buscar a los agitadores, mejor si se descubre alguna conexión alemana, el colmo si en la conexión alemana aparece un puñado de judíos. No habían pasado más que veinte años de la ocupación y de la guerra y la doble evocación de judío y alemán podía actuar como un exorcismo.

O eso al menos creyeron los guardianes del orden, en primer lugar los dirigentes del PCF. Pero contra ese supuesto avanzó el acontecimiento hasta su culminación aquel lunes, 13 de mayo. Culminación porque las fuerzas del orden se retiraron ante el avance de las posiciones tomadas por los estudiantes, dueños finalmente de todo el territorio de esa ciudad dentro de la ciudad que era todavía en los años sesenta el *Quartier Latin* de París. No existía nada similar en ninguna parte del mundo. Una capital que concentra la cima del poder político y del poder académico e intelectual en espacios muy cercanos, aunque bien diferenciados, en los que los intelectuales forman grupos o ligas que refuerzan su autonomía y les otorgan un poder frente al Estado. Desde la Sorbona no se habla con otra universidad cualquiera; se habla con el Estado. Era el espacio de los *maître à penser*, de los grandes intelectuales, un espacio atestado ahora de jóvenes estudiantes.

Cuando Sartre acepta el papel de entrevistador de Cohn-Bendit está admitiendo que la figura del intelectual comprometido, a la que tanta teoría había dedicado, se cumple en la práctica de ese joven y desenvuelto sujeto que tiene delante y que le dice sin perder la sonrisa que no importa ni la vanguardia revolucionaria ni el programa, que lo que importa es la situación objetiva creada por la fuerza de un movimiento incontrolable. Ahora se trata de una minoría actuante, que desempeña el papel de fermento permanente, empujando a la acción sin poder dirigir. Actúa, y en el curso de la acción, se abren nuevas perspectivas, que a su vez plantean nuevas reivindicaciones. Como el partido bolchevique, que no ha dirigido la revolución, sino que se ha dejado llevado por la masa.

Y la situación objetiva consistió en una especie de proclamación del reino de la palabra sin constricción alguna del Estado, la realización práctica

del ideal libertario. Todo el mundo se encontró de pronto en la necesidad de comunicarse, de hablar. Se habló mucho en las aulas, desde las mesas de los anfiteatros; se habló desde las estatuas, encaramándose a ellas altavoz en mano, desde los muros, en una singular floración de grafitis. Pero se habló también, o sobre todo, en las aceras. París, una ciudad que podía servir como paradigma de aquella multitud solitaria de la que habló Riesman, con masas de gentes que caminan silenciosas, se levantó en aquellas mañanas de mayo como embriagada por un ansía de hablar. Gentes desconocidas, que en cualquier otra circunstancia no hubieran cruzado jamás una palabra, se detenían en las aceras, formaban corrillos para comentar los extraordinarios acontecimientos que les había tocado vivir. No sólo, claro, las gentes de la rue Saint-Jacques, del boulevard Saint-Michel, habitantes o empleados del Barrio Latino, sino todas las que afluían hacia allí, para participar en el gran espectáculo representado a todas horas, en el que cada cual hacía de actor, expresaba su opinión, manifestaba sus impresiones, se dejaba llevar por sus emociones. Fue un torrente incontrollable de palabra.

En eso consistía la revolución: un territorio liberado de la presencia del Estado en el que era posible recuperar la palabra. Así estaban las cosas en la mañana del lunes, 13 de mayo, cuando el Gobierno se había retirado con el propósito de privar de su objetivo estratégico, liberar la Sorbona, a la manifestación convocada para ese día. Devolviendo la Universidad a los estudiantes y abandonando todo el espacio del *quartier* a la representación de la revolución, después de la tremenda noche del sábado, Pompidou creía “ganar tiempo, circunscribir el mal, para luego tomar sin dolor la iniciativa cuando la opinión pública estuviese harta”, como escribió dos meses después a Raymond Aron. Subestimó claramente la fuerza expansiva del movimiento puesto en marcha. Y ahí fue donde se equivocó o, más exactamente, donde no pudo prever que la manifestación del 13 de mayo, la que culminaba la acción revolucionaria con el flamear de una bandera en la Sorbona, iba a poner en marcha a una clase obrera que todo el mundo daba por perfectamente encuadrada en otra de las grandes y burocratizadas estructuras de la sociedad francesa: la poderosa C.G.T., el sindicato comunista.

Pues, en efecto, la manifestación parió la más impresionante huelga general de toda la historia social de Francia, en la que llegaron a participar más de siete millones de obreros y que trajo a todas las imaginaciones el recuerdo de los días del Frente Popular, cuando otra huelga general se transformó en ocupación de fábricas. Muchos testigos de aquellos días soleados de otro mayo vivían y podían evocar el ideal autogestionario que pareció entonces al alcance de la mano. Desde aquel mayo de 1936 sólo habían transcurrido poco más de treinta años y la *union des gauches*, resucitada para las elecciones presidenciales de 1965, podía pasar por una nueva versión de frente popular. Nada de extraño que la movilización obrera de este nuevo mayo del 68 fuera como una mimesis de aquellos hechos.

Los obreros se declaran en huelga por toda Francia y comienzan a ocupar las fábricas, creando una situación no prevista por los cuadros sindicales: la huelga indefinida. Plantean, desde luego, reivindicaciones concretas, relativas a las horas de trabajo, los salarios, las vacaciones, igual que en 1936. Pero, sobre todo aspiran, como entonces, a una nueva relación

con el hecho mismo del trabajo, a una nueva forma de vida. Simone Weil lo vio perfectamente en aquella ocasión: cuando los obreros entran en huelga indefinida y no se quedan en casa, o en la calle, sino que ocupan las fábricas se crea una situación revolucionaria que, al devolverles la palabra en el lugar mismo del trabajo, subvierte la relación jerárquica a la que viven sometidos. No es la revolución estudiantil o universitaria aunque también, como ella, libera palabra; es la subversión de las jerarquías establecidas, es la autogestión, la fábrica dirigida por quienes en ella trabajan.

No fue, por tanto, que la revolución puesta en marcha por los estudiantes pasara a una nueva fase. Los estudiantes seguían alimentando la suya, primero con la palabra: de la ocupación de la Sorbona a la del Odeón, donde se establecen en asamblea permanente; y después con nuevos enfrentamientos con la policía, que dan lugar a una segunda noche de barricadas, el 24 de mayo. Como Cohn Bendit dice a Sartre: el dinamismo del movimiento modifica, sobre la marcha, la naturaleza de las reivindicaciones. Y añade: si se tratara efectivamente del objetivo del PCE y de las centrales sindicales, el régimen caería en quince días. Pero hay que dar tiempo al tiempo: los dos movimientos deben madurar, cada uno a su ritmo. La sutura, la unión total no podrá hacerse hasta más tarde. Podrían crearse comités revolucionarios.

Mientras tanto, los obreros de la Renault en huelga –que no han dejado que los estudiantes entren en la fábrica– activan los mecanismos políticos en un sentido muy similar al 36 aunque con una diferencia. Entonces celebraban el triunfo del Frente Popular y correspondía al gobierno de coalición presidido por Léon Blum, sostenido por radicales y comunistas, poner fin a aquella revolución en ciernes. “Hay que saber terminar una huelga” dijo entonces para la historia Maurice Thorez, secretario general del PCF. Y ahora, su sucesor, Waldeck Rochet, mientras sostenía las negociaciones de la CGT con la patronal y el Gobierno para acabar la huelga, demandaba la formación de un “gobierno popular” con participación comunista. François Mitterrand, socialista, y el ya venerable Pierre Mendes-France, radical, se declaraban, por su parte, disponibles para formar un “gobierno provisional de gestión”, presidido por Mendes France con el programa de una convocatoria de elecciones presidenciales a las que se presentaría Mitterrand, que había humillado a De Gaulle en las presidenciales de 1965 obligándole a una segunda vuelta.

Eso era política en estado puro. Mendes-France, radical, Mitterrand, socialista, Waldeck Rochet, comunista, un Frente popular redivivo o toda la izquierda reunida en el estadio de Charlety propinando aldabonazos en las puertas del poder el mismo día en que los obreros de Renault rechazaban indignados los acuerdos de Grenelle, a pesar del sustancial incremento de salarios acordados entre gobierno, patronos y sindicatos. Naturalmente, el poder respondió a la llamada. Después de una primera salida en falso, De Gaulle viajó a la Francia profunda, o sea, a conferenciar con el general Massu, en Alemania, de donde regresó con las ideas claras y la voluntad reforzada frente a lo que calificó como un intento de golpe de Estado por los comunistas. Esta vez su alocución fue, como acostumbraba, de gran estilo: “La France l’emportera avec la liberté. ¡Françaises, français!: ¡Vive la République, vive la France!” Nada de referéndum de participación, sino

disolución de la Asamblea y convocatoria de elecciones legislativas, como había propuesto el primer ministro, que por otra parte respondió a la manifestación vertical de la izquierda con una gran manifestación horizontal de la derecha: los Campos Elíseos, símbolo del dominio de la ciudad por el poder absoluto, que triunfan sobre el Barrio Latino, símbolo del poder intelectual que, en ocasiones, levanta su cabeza frente al Estado.

El éxito de la manifestación de 30 de mayo abrió la vía al triunfo de la derecha en las legislativas de 23 y 30 de junio. Mientras se celebran, la segunda fase de la estrategia de Pompidou avanza de forma inexorable. La ocupación de las calles y de los anfiteatros se agota con la palabra que la sostenía, destino de todas las revoluciones que no crean poder. Ya se ha hablado todo lo posible. Hay que volver al trabajo o marcharse de vacaciones. El Movimiento se fragmenta en grupos de resistentes, maoístas, anarquistas, libertarios, despectivamente acusados de *gauchistes*, que la policía desmonta uno tras otro: será una de las herencias del 68, los años de plomo. Cuando el día de las elecciones llega, el Estado ha culminado ya su triunfo sobre la revolución. La estructura, que se había tambaleado a la vista de todo el mundo, acabó por engullirse al acontecimiento. Aunque, en adelante, Althusser ya a nadie causará ninguna *joie de lire*: el acontecimiento liquidó para siempre la gran teoría.

Y para terminar con París, Mayo y el 68, los dos amigos de Bergamín quedaron citados, treinta años después del acontecimiento, con el propósito de rendir un homenaje de recuerdo a su maestro en el mismo café desde el que habían contemplado por una vez en su vida la revolución en el ondear de una bandera. Como tantos que, de vez en cuando, salen a la búsqueda del tiempo perdido, también ellos creyeron recuperar la huella de aquel imposible acontecimiento en la permanencia de los lugares y las cosas: la misma plaza, la misma esquina, el mismo café, las mismas mesas. Cuando llegaron, y a pesar de que sólo habían transcurrido treinta años, el café había desaparecido. No, peor. Allí estaba, pero ya no se llamaba como antes, ni era el de entonces. Por no ser, ya no era ni un café de París: se había convertido en un infame bar de comida rápida de cualquier parte.

¿Qué quiero decir con esto? Que la gran coalición socialdemócrata/cristianodemócrata de la posguerra no ha tenido, en lo político, alternativa alguna después de la Segunda Guerra Mundial. El PC mostró en la calle por vez primera que era parte de esa coalición, jugando un papel de orden, de vuelta a la normalidad. Más importante, esa coalición socialdemócrata/cristianodemócrata que en las dos primeras décadas de la posguerra había mostrado su capacidad para impulsar un crecimiento económico sin precedente que exigió disciplina, autoridad, jerarquía, con grandes figuras autoritarias, especie de grandes padres, podía absorber el cambio cultural, que este sí fue decisivo: de la familia a la fábrica y a la universidad. Más allá de estos cambios, o sosteniéndolos, el acontecimiento recuperó al sujeto. Marcó el comienzo del declive del estructuralismo. No por casualidad las obras que inauguran una nueva edad en la que el mundo sólo es representación se producen en estos años.

Pero en esto habría quizá que decir lo mismo que dijo Tocqueville de la gran revolución francesa: empujó la historia en la misma dirección en que

se venía moviendo desde hacía décadas. Sólo que para quienes vivieron el acontecimiento, quedará como un momento irrepetible.